

CAPITULO XV.

De otro medio para aprovechar á los próximos, que es desconfiar de nosotros, y poner toda nuestra confianza en Dios.

“Ten confianza en Dios de todo tu corazón, y no estribes en tu prudencia (1).” Otro medio, y muy principal, que nos ayudará mucho para conseguir el fin de nuestro Instituto, es el que dice el Sabio, y nos le pone también nuestro Padre, y la Bula de nuestro Instituto en aquellas dos breves palabras: “Desconfiando de sus fuerzas, y estribando en las divinas (2).” ¿Sabéis, dice, como hareis mucha hacienda y mucho fruto en las almas? desconfiando de vos mismo, de vuestras fuerzas, prudencia é industria y de todos los medios humanos, y poniendo toda vuestra confianza en Dios. Este es uno de los mas principales y eficaces medios que hay para hacer mucho fruto en las almas; y así esta es una de las mejores disposiciones que puede tener el obrero de Dios, que entienda que él de suyo no es para hacer cosa que algo valga, sino que toda su confianza la ponga en Dios; porque á estos toma este Soberano Señor por instrumentos para hacer por su medio grandes cosas, grandes conversiones y maravillas. Así lo dice el Apóstol San Pablo: “Tenemos una confianza en Dios, tal, que entendemos que de nuestra parte no somos suficientes, ni aun para tener un buen pensamiento, sino que toda nuestra suficiencia nos ha de venir de Dios (3).” Pues á esos, dice San Pablo, hace Dios ministros de su Evangelio.

(1) Habe fiduciam in Domino ex toto corde tuo, et non inuitaris prudentiae tuae. Prov. III, 5.
(2) Diffidens suis viribus, et divinis fretus. Bulla Jul. III.
(3) Fiduciam autem talem habemus per Christum ad Deum: non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est, qui et idoneos nos fecit ministros Novi Testamenti. II. ad Cor. III, 4.

San Agustin, tratando de las alabañas de Natanael, á quien alaba el mismo Cristo en el Evangelio, diciendo: “Veis aquí un verdadero israelita, en el cual no hay doblez ni engaño ninguno (1),” dice (2): parece que un hombre como este, habia de ser llamado al apostolado primero que todos, pues tal testimonio dá de él el Hijo de Dios; y vemos, que no solo no es llamado el primero, pero ni al medio ni al fin. ¿Qué será la causa de esto? ¿Sabéis qué? dice San Agustin: Natanael era hombre docto, era letrado de la ley, y por eso no le escogió Cristo entre sus Apóstoles, porque no quiso escoger letrados para la predicación de su Evangelio y convertir el mundo; sino unos pobres pescadores, idiotas y sin letras, como dice San Pablo (3).

San Gregorio (4) trae á este propósito aquella historia del libro de los Reyes (5), cuando los amalecitas encendieron á Siceleg, y habian llevado cautivas las mugeres de David y de sus compañeros y los niños. Uno de ellos dejóse en el camino un erlado egipcio, porque cayó enfermo y no le pudo seguir. Encuétrase David con este pobre enfermo, ya casi para espirar, porque habia tres días y tres noches que no comia ni bebia; dále de comer, y vuelve en sí, y tómale por guía de su camino, y con esa guía va tras los amalecitas, y hallalos comiendo y banqueteando con grande fiesta y regocijo, y dá sobre ellos, y mátalos, y quítales lo que llevaban. Pues esa, dice San Gregorio, es la condicion del verdadero David Cristo nuestro Redentor, que escoge los desechados y despreciados del mundo, y con el manjar de su palabra los hace vol-

(1) Ecce vere israelita in quo dolus non est. Joann. IV, 47.
(2) Aug. tract. 7. sup. Joann.
(3) I. ad Cor. I, 27.
(4) Greg. lib. 5. Mor., cap. 29.
(5) I. Reg. XXX.

ver en sí, y que sean guías suyas, haciéndolos predicadores de su Evangelio, para vencer y destruir los amalecitas, que son los mundanos que se están holgando, banqueteando y entreteniendo en deleites y pasatiempos del mundo.

Pero veamos por qué hace Dios esto, y por qué escoge instrumentos tan flacos para negocio tan alto. ¿Sabéis por qué? dice el Apóstol San Pablo (1), para que no confie el hombre en sí, ni tenga ocasion de atribuirse nada á sí, sino que toda su confianza la ponga en Dios y á él se lo atribuya y dé la gloria de todo. Y estima Dios esto tanto, que para que quedásemos bien enseñados en esta verdad y quedase muy fija é impresa en nuestro corazón, tenemos la Sagrada Escritura llena de ejemplos en que escogia Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas grandes, para que de esta manera se entienda mejor que él es el que hace las maravillas, y no nosotros (2). Eso redundá en mayor gloria de Dios, y de esa manera se echa mas de ver su grandezá y omnipotencia. Muchas maravillas hizo Dios por medio de Moisés al sacar el pueblo de Israel de Egipto; pero en ninguna conocieron tanto los egipcios la virtud y poder de Dios, como cuando Moisés, sacudiendo con la vará el polvo de la tierra, lo convirtió en mosquitos é hinchó toda la tierra de ellos. Entonces los magos de Faraon, viendo que ellos con todas sus artes y encantamientos no habian podido hacer aquello, confesaron y dijeron: “Este es el dedo de Dios, y señal manifiesta de la virtud y poder grande suyo (3).” Y en aquella guerra que Sapor, rey de los persas, movió contra los romanos, teniendo cercada con grandísimo ejército la ciudad de Nisibis, á quien algunos llaman

(1) I. ad Cor. I, 29 et 31.
(2) Ut ostenderet divitias gloriae suae. Ad Rom. IX, 23.
(3) Digitus Dei est hic. Exod. VIII, 19.

Antioquia Migdomia, cuyo obispo era un santo varon llamado Jacobo, cuenta la Historia Eclesiástica (1) que rogaban los ciudadanos á este santo varon que viniese á la cerca, y que desde allí maldijese el ejército de los enemigos. Y por sus ruegos, el venerable obispo subió á una torre, y vió millares de gente, sobre los cuales no echó otra maldicion, ni rogó á Dios que otro infortunio les viniese, sino pulgas y mosquitos, para que fatigados por viles y pequenuelos animales conociesen el poder soberano. Y acabando de hacer oracion, descendieron sobre los persas huestes de pulgas y de mosquitos, é hincheron las trompas de los elefantes y las narices y orejas de los caballos, y de los otros animales que habia en el ejército, los cuales no pudiendo sufrir los agujerones de los animalejos, saltaban y derribaban á los que tenian encima, arrastraban á los que los adestraban, y quebraban sus cervices, y corriendo fuera de órden desbarataban los escuadrones y el buen concierto del ejército. Y de esta manera, conociendo el rey Sapor el poder de Dios y la providencia que tiene de los suyos, alzó el cerco y se volvió á su tierra afrentado y corrido. Con pulgas y con mosquitos puede Dios hacer guerra á todos los emperadores y monarcas del mundo; y así la quiere él hacer, porque de esa manera se echa mejor de ver que él es el que la hace, y así redundá en mayor gloria y honra suya. Pues por esto tambien escoge Dios instrumentos y medios flacos para hacer cosas altas en la conversion de las almas. Y así tenemos en las Historias Eclesiásticas (2) muchos ejemplos de conversiones de grandes pecadores, infieles y herejes, á los cuales muchos obispos y muy

(1) Hist. Eccles. part. 2. lib. 3. cap. 6.
(2) Histor. Eccles. et Tripartita, part. 1. lib. 10. cap. 2; et part. 2. lib. 2. cap. 3.

grandes letrados no habian podido convertir ni convencer en Concilios generales, donde estaba la flor y nata de la Iglesia, y al fin se vinieron á convertir y convencer por medio de un hombre simple y sin letras, y por medio de unas palabras muy llanas y sencillas, para que asi aprendamos á desconfiar de nosotros, y á confiar en Dios, y á darle á él la gloria de todo.

De aqui habemos de sacar tres cosas. Lo primero, no desmayar ni desanimarnos viendo nuestra poquedad y miseria y nuestras pocas partes para un fin é instituto tan alto y unos ministerios tan levantados como tenemos en la Compañia; antes de ahí habemos de tomar ocasion para animarnos y tener mas confianza en Dios; porque esa es su condicion, tomar tales instrumentos para hacer por su medio cosas grandes y maravillosas. Y asi respondió muy bien el bienaventurado San Francisco á su compañero acerca de esto. Cuéntase en sus Crónicas (1) que Fr. Mafeo, muy continuo compañero de San Francisco, quiso un dia tentar la humildad del Santo, como quien le tenia bien conocido y sabia su gusto y deseo de ser menospreciado. Fuese á él, y dijo: «¿De dónde á ti, que todos corren á ti, todos te quieren ver, y oírte, y obederte? Tú no eres letrado; tú no eres noble, ni bien dispuesto, ni eres hombre elocuente; ¿de dónde te viene que el mundo todo se va en pos de ti?» Respondió San Francisco, como verdadero humilde que era: «¿Quieres saber, hermano mio, de dónde á mí, que todo el mundo se vaya tras mí? De aquella bondad inmensa de Dios, que puso los ojos en mí, mas pecador, mas simple y mas vil criatura de cuantas hay en el mundo, porque las cosas flacas y simples

(1) Part. I, lib. 2, cap. 67 de la Crónica de San Francisco.

del mundo escoge Dios para con ellas confundir á los grandes y poderosos, para que toda la gloria y honra sea de Dios, y no tenga en su presencia de qué se gloriarse alguna criatura, sino que el que se gloria, se glorie en el Señor, y á él solo sea dada toda la honra y gloria para siempre.» Esa ha de ser nuestra respuesta, y ese ha de ser nuestro consuelo y toda nuestra confianza.

Lo segundo que habemos de sacar de aqui, es, que aunque Dios por vuestro medio haga mucho fruto en las almas y haga grandes conversiones y aun milagros, no por eso os habeis de ensoberbecer, ni teneros en mas, sino quedaros tan entero en vuestro propio conocimiento y en vuestra baja-za como si no hubiéades hecho nada, porque no haceis vos eso por vuestras fuerzas, Dios es el que lo hace por vuestro medio. ¡Oh! ¡qué bien nos enseña asi la teórica como la práctica de esto el Profeta David! «Señor, con nuestros oidos habemos oido, y nuestros antepasados nos contaron las obras y maravillas que obrastes en sus dias, en aquellos tiempos antiguos; porque vos, Señor, obrastes aquellas maravillas, y vuestras fueron aquellas hazañas y no tuyas. Vuestra mano poderosa, Señor, fué la que destruyó las gentes, y las echó de su tierra, y los plantó y puso á ellos en su lugar. Vos lo hicistes, Señor, que no lo hicieron eso sus armas ni su fortaleza. Vuestra mano derecha, vuestra virtud y fortaleza, esas es, Señor, la que obró esas maravillas en ellos y por ellos; y no fué eso tampoco por sus merecimientos, sino porque os plugo á vos, Señor, porque vos lo quisistes asi, y fuistes servido de ello (1).»

(1) Deus auribus nostris audivimus: patres nostri annuntiaverunt nobis opus, quod operatus es in diebus eorum, et in diebus antiquis. Manus tua gentes disperdidit et plantasti eos: fixisti populos, et expulisti eos. Nec in gladio suo possederunt terram, et brachium eorum non salvavit eos. Sed dextera tua, et brachium tuum, et illuminatio vultus tui: quoniam complacuisti in eis. Ps. XLIII, 1 et seq.

De manera, que no tenemos de que nos ensoberbecer porque Dios obre por nuestro medio grandes cosas: antes mientras fueren mayores, habemos de quedar mas confundidos y humillados, viendo que toma instrumentos tan flacos y miserables para hacer cosas tan grandes y maravillosas. Habémonos de haber en esto como se hubo el Apóstol San Pedro, cuando Cristo nuestro Redentor hizo por su medio aquella pesca tan grande. Cuenta el evangelista San Lucas que dijo Cristo á San Pedro que echase las redes para pescar; responde él: «Maestro, toda la noche habemos trabajado en eso, y no habemos pescado nada; pero en vuestro nombre tornaremos á echar las redes (1).» Y como lo hiciesen, cogieron tanta multitud de peces, que se rompía la red, y fué menester que los compañeros, que estaban en otra nave, viniesen á ayudarlos á sacarla, é hincheron ambas navicillas de peces. Era tanta la multitud de los peces, que casi hacian hundir las navicillas con el grande y excesivo peso (2). Dice el Sagrado Evangelio que como San Pedro vió tan gran milagro, se postuló á los pies de Cristo, y dícele: «Apartaos, Señor, que soy grande pecador, y no soy digno de estar cerca de vos (3).» Quedó pasmado y espantado San Pedro, y no menos humillado y confundido, viendo que él habia trabajado toda la noche en vano, y que cuando echó la red en nombre de Cristo, sacó tanta multitud (4). Pues con este pasmo y espanto, y con esta mayor humildad y conocimiento de nuestra propia

(1) Praeceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Luc. V, 4.

(2) Ita ut pene mergerentur. Ib.

(3) Procidit ad genua Jesu dicens: exi a me quia homo peccator sum, Domine. Ib.

(4) Stupor enim circumdederat eum, et omnes, qui cum illo erant, in captura piscium quam ceperant. Ib.

flaqueza y miseria, habemos de quedar nosotros cuando Cristo nuestro Señor hiciere por nuestro medio alguna cosa grande. ¡Qué lejos estuvo San Pedro de envanecerse y ensoberbecerse de haber echado tan grande lance! Pues tan lejos habeis de estar vos de ensoberbeceros, cuando por vuestro medio hiciere Dios algo, conociendo que aquella es obra de Dios y muy agena de vos. Esto es desconfiar de sí y confiar en Dios: y esto es atribuir á sí lo que es suyo, y atribuir á Dios lo que es de Dios. Mirad lo que hizo San Pedro cuando echó las redes en nombre suyo, y ahí vereis lo que valeis y podeis con todos vuestros medios, industrias y diligencias; y mirad lo que hizo cuando echó las redes en nombre de Cristo, y ahí vereis lo mucho que podeis con su gracia y favor. Y mirando lo primero, desconfiareis de vos; y mirando lo segundo, cobrareis esfuerzo y confianza en Dios. De esta manera, por una parte no nos desvaneceremos, por grandes que sean las cosas que el Señor obra por nuestro medio; y por otra, no desmayaremos por ver nuestra enfermedad y baja-za.

San Gerónimo propone esta cuestion: veamos, dice (1), cuál de los dos hizo mejor, ó Moisés que, enviándole Dios á sacar su pueblo de Egipto, se escusó diciendo que no era para ello, que enviase otro que lo supiese sacar; ó Isaias, que sin ser llamado, ni escogido, se ofreció de su voluntad para predicar, diciendo: «Aquí estoy, enviame (2).» Y responde el Santo que muy buena es la humildad y el conocer uno de sí que no es para nada, y que muy buena es tambien la prontitud y ánimo para servir y ayudar á los prójimos: pero si quereis lo mejor, dice que de Moisés habemos de tomar la humildad, mirando á nues-

(1) S. Hieron. epist. ad Damasum.

(2) Ecce ego, mitte me. Isaias VI, 8.

tra flaqueza; y de Isaias, el ánimo y pres- teza, confiando en la misericordia y bondad del Señor que tocó sus labios y le dió suficiencia para aquello á que le enviaba. No es contraria la humildad á la confianza, ni la impide, antes la ayuda mucho; porque ayuda á poner toda la confianza en Dios, y así á tener mas ánimo y fortaleza.

Lo tercero que se ha de sacar de aquí es, que aunque es verdad que no ha de confiar, ni estribar nadie en sí, ni en sus medios; pero habemos de poner y hacer de nuestra parte todas las diligencias que pudiéremos para ayudar á los prójimos; porque querer que sin poner nosotros los medios haga Dios el fruto, seria pedir milagros y tentar á Dios: quiere él ayudarse de nosotros para la conversión de las almas, y así nos llama San Pablo coadjutores de Dios y cooperadores juntamente con él (1). Y por eso mandó el Señor á San Pedro que echase las redes y no le quiso dar la pesca sino de esa manera. Para que entendamos que no nos habemos de estar nosotros mano sobre mano; y para que por otra parte no atribuyamos el buen suceso y el ganar de las almas á nuestras redes y á nuestras industrias y diligencias, quiso que primero hubiese San Pedro echado sus redes y trabajado toda la noche en pescar, y que no hubiese tomado nada. De manera que habemos de echar nosotros nuestras redes y poner todos los medios posibles, y hacer todas nuestras diligencias, como si esto solo bastara para concluir los negocios; pero por otra parte habemos de desconfiar de todo eso como si no hubiéramos hecho nada, y poner toda nuestra confianza en Dios.

Esto es lo que nos enseña Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio:

(1) I. ad Cor. III, 9.—I. ad Cor. IV, 1.

“Despues que hubiéredes hecho, dice (1), todas las cosas que os son mandadas, decid: siervos somos sin provecho.” Y es de notar, que no dice cuando hubiéredes hecho algo de lo que debeis, sino cuando hubiéredes hecho todo lo que debeis; para que entendamos que por mas diligencias que hagamos, y por mas medios que pongamos, no habemos de confiar en ellos, sino poner toda nuestra confianza en Dios, atribuyendo y dándole á él la gloria de todo. Lo cual ponen los Santos por último y perfectísimo grado de humildad, como digimos en su lugar (2).

Quando San Pedro y San Juan sanaron á aquel cojo desde su nacimiento, que estaba pidiendo limosna á la puerta del templo que se decia Especiosa, la gente, espantada del milagro, acudió á ellos mirándolos como á cosa divina, y díceles el Apóstol San Pedro: “Varones israelitas, ¿de qué os espantais, y para qué nos mirais como si nosotros hubiéramos hecho esto en virtud y poder nuestro? Que no ha sido sino en virtud y nombre de Jesucristo. Aquel á quien vosotros crucificasteis ha resucitado de los muertos, y en su nombre y virtud se ha hecho este milagro que habeis visto (3). Lo mismo les aconteció á San Pablo y San Bernabé en otro semejante milagro que hicieron, que les tenían por dioses y los querían adorar y ofrecerles sacrificios como á tales, y traían coronas para coronarlos, diciendo: “Dioses en figura de hombres han descendido á nosotros (4).” Rompen ellos

(1) Cum feceritis omnia, quae praecepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus, quod debuimus facere fecimus. Luc. XVII, 10.

(2) Part. I, trat. 3, cap. 31 y 32.

(3) Viri israelitae, quid miramini in hoc, aut nos quid intuemini, quasi nostra virtute aut potestate fecerimus hunc ambulare? Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob, Deus patrum nostrorum glorificavit Filium suum Jesum, quem vos quidem tradidistis, et negastis ante faciem Pilati, judicante illo dimitti. Actuum I, 12.

(4) Dii similes facti hominibus descenderunt ad nos. Actuum X, 10.

sus vestiduras, diciendo: “¿Qué hacéis? que tambien nosotros somos hombres mortales como vosotros, y no somos nosotros los que hacemos eso, sino Dios, y á él se ha de dar esa honra y gloria (1).” Quedábanse ellos tan enteros en su humildad como si no hubieran hecho nada. Asi habemos de quedar nosotros despues que hayamos hecho todo lo que debemos en ayuda de las almas.

CAPITULO XVI.

De la eficacia grande de este medio de confiar en Dios para alcanzar mercedes de su mano.

El bienaventurado San Cipriano, declarando aquello que dijo Dios á los hijos de Israel: “Todo el lugar, donde llegare vuestro pie, será vuestro (2),” dice: “vuestro pie es vuestra confianza, y al paso que ella anduviere, andará el recibir mercedes de Dios (3).” Hasta donde se estendiere el pie de la confianza, hasta allí será vuestro. Lo mismo dice San Bernardo: “Si confiáredes mucho en Dios y esperáredes grandes cosas de él, grandes cosas os concederá y hará por vuestro medio, y si poco, poco (4).” En el Sagrado Evangelio tenemos muchos ejemplos que nos declaran esto. Aquel príncipe de la Sinagoga, que dejaba á su hija muriendo, y cuando llegó á Cristo nuestro Redentor estaba ya muerta, dice: “Señor, mi hija acaba ahora de morir, pero id allá y poned vuestra mano sobre ella, y luego vivirá (5).” Alguna fé y confianza tenia, pues creia que podia resucitar á su hija,

(1) Viri, quid haec facitis? et nos mortales sumus similes vobis homines. Ib. 14.

(2) Omnis locus, quem calcaverit pes vester, vester erit. Deut. XI, 14.

(3) Per vester utique spes vestra est; et quantumcumque illa processerit, obtinebit. Cipr.

(4) Bernard. serm. 43 sup. Psalm. Qui habitat.

(5) Domine, filia mea modo defuncta est; sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet. Math. IX, 18.

pero poca; porque le parecia que era menester que llegase allá y pusiese sobre ella su mano, y de aquella manera tenia confianza que viviria su hija; y hace el Redentor del mundo conforme á la confianza que tenia: va allá, y hálfola ya muerta, y tómala por la mano, y resucítala. La otra muger, que habia doce años que padecia flujo de sangre, y habia gastado toda su hacienda en médicos, y no la habian podido sanar, llegóse á Cristo nuestro Redentor con un poco de mas fé: “Si tocare tan solamente su vestidura, decia (1), seré sana.” Y va por medio de la gente, y llega y toca la orilla de su ropa, y luego quedó sana. Hizo Dios con ella conforme á la fé y esperanza que tuvo. Pero el otro Centurion, que tenia su criado paralítico, tuvo mas fé que ninguno de aquellos. Llegase al Redentor del mundo, y dícele: “Señor, mi criado está en la cama paralítico, pero no es menester que vos vayais allá para sanarle, ni que él venga acá y toque vuestra vestidura: estándose él allá, podeis vos mandarlo desde acá, y luego sanará (2).” Mirad qué grande fé! “Mostró Cristo admiracion, y dice á los que le seguian: En verdad os digo que no he hallado tanta fé en Israel (3).” Y vuélvese al Centurion, y dícele: “Hágase conforme á tu fé (4).” Tuvo tanta confianza en Jesucristo, que con sola su palabra le podia sanar desde allí; y sánale desde allí con sola su palabra. Veis cómo se há Dios con nosotros, conforme á la confianza que tenemos en él, conforme á aquello del Real Profeta David: “Venga,

(1) Dicebat enim intra se: si tetigero tantum vestimentum ejus, salva ero. Math. IX, 21.

(2) Sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus. Math. VIII, 16.

(3) Audiens Jesus, miratus est, et sequentibus se dixit: amen dico vobis non inveni tantam fidem in Israel. Ib.

(4) Vade, et sicut credidisti ait tibi. Et sanatus est puer in illa hora.

Señor, sobre nosotros vuestra misericordia segun que esperamos en vos (1). Cuan hondo fuere el vaso de la confianza, tanta agua sacará, dice el bienaventurado San Cipriano.

Asi le aconteció tambien al Apóstol San Pedro, cuando Cristo Redentor nuestro le mandó que viniese á él sobre las aguas; que mientras no tuvo temor, anduvo por encima de la mar como si fuera tierra firme; y cuando temió, viendo un viento recio que se levantó, luego se comenzó á hundir. Y asi le reprendió Cristo de poca fé: "Hombre de poca fé, ¿porqué dudaste (2)?" Dándole á entender, que porque temió y desconfió, por eso se hundia. Esa es la causa por que algunas veces parece que nos anegamos y perecemos en las tentaciones y en los trabajos y negocios, por la poca confianza que tenemos, que si tuviésemos mucha confianza en Dios, él nos ayudaria y nos sacaria con bien de todos estos trances y nos haria muchas mercedes.

Cuando el rey Josafát se temió mucho de los moabitas y amonitas, que venian contra el pueblo de Dios, por ser grande la multitud de sus ejércitos, envióle Dios á decir por un Profeta: "No temais esa multitud, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios. No sois vosotros los que habeis de pelear; solamente quiero que tengais ánimo y confianza, y vereis sobre vosotros el favor del cielo (3)." Y luego lo experimentaron, porque estándose ellos quedos, destruyó Dios el ejército de los enemigos, haciendo que ellos mismos peleasen entre sí y unos á otros se matasen.

(1) Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te. Ps. II, 22.
(2) Modicae fidei, quare dubitasti? Matth. XIV, 31.
(3) Nolite timere, nec paveatis hanc multitudinem: non est enim vestra pugna sed Dei. Non eritis vos, qui dimicabitis, sed tantummodo confidenter state, et videbitis auxilium Domini super vos. II. Paralip. XV, 20.

Pues consideremos aqui cuán poco nos pide el Señor para ayudarnos y darnos victoria de nuestros enemigos. Y asi en el Salmo XC no dá el Señor otra razon para amparar y librar á uno en el tiempo de la tribulacion, sino haber esperado y confiado en él: "porque esperó en mí, dice, le libraré; protegerle hé, porque conoció mi nombre (1)." Esclama maravillosamente San Bernardo sobre estas palabras: "Oh dulcísima liberalidad de Dios que no falta jamás á los que esperan y confían en él (2)." "En vos, Señor, esperaron nuestros padres, y los librástes; acudieron y clamaron á vos, y fueron salvos; pusieron en vos toda su confianza, y no quedaron confundidos (3)." ¿Quién jamás llamó á Dios y puso su confianza en él que no fuese oido y socorrido de su Divina Magestad (4)? Dice el Sábio: "Echad los ojos por todas las naciones y por todos los siglos del mundo, y hallareis que nadie esperó en Dios que quedase confundido (5)." Y mas, hay otra razon en esto, de que digimos largamente en la segunda parte (6), y asi aqui no haremos sino tocarla; y es, que cuando desconfiamos de nosotros y ponemos toda nuestra confianza en Dios, atribuimoslo todo á Dios, y hacemosle á él cargo de todo el negocio, y asi le obligamos mucho á que él haga su negocio y vuelva por su honra. Señor, este negocio de la conversion de las almas vuestro

(1) Quoniam in me speravit, liberabo eum: protegam eum, quoniam cognovit nomen meum. Psal. XC, 14.

(2) O dulcissima liberalitas, in se sperantibus non deesse. Bern. serm. 15 in Ps. Qui habitat.

(3) In te speraverunt patres nostris speraverunt, et liberasti eos: ad te clamaverunt, et salvi facti sunt: in te speraverunt, et non sunt confusi. Ps. XXII, 5.

(4) Quis invocavit eum, et despexit illum? Eccl. II, 12.

(5) Respicite, filii, nationes hominum; et scitote quia nullus speravit in Domino, et confusus est. Eccl. II, 11.

(6) Part. II, trat. 3, cap. 38; y trat. 4, cap. 15.

es, y no nuestro; porque nosotros, ¿qué parte somos para eso, si vos no moveis los corazones? Pues volved, Señor, por vuestra honra y haced vuestro negocio. Y son maravillosas para aqueste propósito aquellas palabras con que Josue importunaba á Dios y le hacia fuerza por la libertad de su pueblo: "A nosotros, Señor, muy bien nos está ser humillados y atropellados de nuestros enemigos, porque lo tenemos bien merecido (1); pero ¿qué será de vuestro nombre grande (2)? ¿Qué dirán las gentes viendo vuestro pueblo destruido y cautivo? Dirán que no los pudistes llevar á la tierra de Promision. Pues volved, Señor, por vuestra honra. No queremos la honra y gloria para nosotros, sino todo lo que veremos para vos (3). Por todas partes es gran medio para que el Señor nos haga mercedes; tener gran confianza en él, por lo mucho que esto le agrada (4)." Los que vivimos debajo de obediencia tenemos otra razon muy particular para tener mucha confianza que nos ayudará el Señor en nuestros ministerios, que es ser él el que lo manda y nos pone en ellos, y asi nos dará fuerzas para lo que nos mandare, y nos sacará bien de ellos (5). Cuenta la Sagrada Escritura (6) que mandó Dios á Moisés hacer el Tabernáculo, y el Arca del Testamento, y el propiciatorio que habia de estar sobre ella, y el altar y la mesa de la proposicion y otros muchos vasos que eran necesarios para servicio del Tabernáculo. Y dále Dios la traza de todo ello como habia de ser y la proporcion que

habia de tener, y añade: "para que todo esto se haga bien y conforme á la traza que he dicho, he escogido á Beseleel y á Ooliab, y les he dado ciencia y sabiduria para que sepan hacer todo cuanto se pueda fabricar de oro, plata, piedras preciosas, metal, mármol y cualquier género de madera; ellos harán muy bien todo lo que te he dicho." Pues si para hacer un Tabernáculo material tuvo Dios tanta cuenta de dar ciencia infusa á los artifices que le habian de labrar, ¿qué hará con los operarios y ministros del Evangelio que han de edificar y labrar el tabernáculo espiritual de las almas, que son templos vivos de Dios y morada del Espiritu Santo, y han de ensanchar y dilatar la casa y reino de Dios? Quanto es mas lo espiritual que lo material y de mas estima delante de Dios, tanto mas habemos de confiar que nos dará todo lo que fuere necesario para que hagamos bien aquello para que él nos escogió. Y asi dice el Sagrado Evangelio: "Cuando estuviéredes delante de los príncipes y de los emperadores y grandes del mundo para responder y volver por la honra de Dios, no os turbeis pensando cómo los habeis de hablar, que Dios os enseñará entonces lo que habeis de hablar; porque no sois vosotros los que hablais, sino Dios es el que habla en vosotros (1)." Dice Cristo nuestro Redentor: "Yo os daré palabras y sabiduria, á la cual no puedan resistir ni contradecir todos vuestros adversarios (2)." Y vióse bien en el glorioso Proto-Mártir San Esteban, del cual se dice en los Actos de los Apóstoles (3), que todos los que disputa-

(1) Domino Deo nostro justitia, nobis autem confusio faciei nostrae. Baruc. I, 15.

(2) Et quid facies magno nomini tuo? Josue VII, 9.

(3) Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. Ps. CXIII, 9.

(4) Beneplacitum est Domino super timentes eum, et in eis qui sperant super misericordia ejus. Ps. CXLVI, 11.

(5) Trat. 5, cap. 12.

(6) Exod. 30 et 31.

habia de tener, y añade: "para que todo esto se haga bien y conforme á la traza que he dicho, he escogido á Beseleel y á Ooliab, y les he dado ciencia y sabiduria para que sepan hacer todo cuanto se pueda fabricar de oro, plata, piedras preciosas, metal, mármol y cualquier género de madera; ellos harán muy bien todo lo que te he dicho." Pues si para hacer un Tabernáculo material tuvo Dios tanta cuenta de dar ciencia infusa á los artifices que le habian de labrar, ¿qué hará con los operarios y ministros del Evangelio que han de edificar y labrar el tabernáculo espiritual de las almas, que son templos vivos de Dios y morada del Espiritu Santo, y han de ensanchar y dilatar la casa y reino de Dios? Quanto es mas lo espiritual que lo material y de mas estima delante de Dios, tanto mas habemos de confiar que nos dará todo lo que fuere necesario para que hagamos bien aquello para que él nos escogió. Y asi dice el Sagrado Evangelio: "Cuando estuviéredes delante de los príncipes y de los emperadores y grandes del mundo para responder y volver por la honra de Dios, no os turbeis pensando cómo los habeis de hablar, que Dios os enseñará entonces lo que habeis de hablar; porque no sois vosotros los que hablais, sino Dios es el que habla en vosotros (1)." Dice Cristo nuestro Redentor: "Yo os daré palabras y sabiduria, á la cual no puedan resistir ni contradecir todos vuestros adversarios (2)." Y vióse bien en el glorioso Proto-Mártir San Esteban, del cual se dice en los Actos de los Apóstoles (3), que todos los que disputa-

(1) Cum steteritis ante praesides, et reges propter me, nolite cogitare quomodo, aut quid loquamini; dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini. Non enim vos estis qui loquamini, sed spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis. Marc. XIII, 11.

(2) Ego enim dabo vobis es, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Luc. XXI, 15.

(3) Actuum IX, 10.

ban con él no podían resistir al espíritu y sabiduría con que hablaba.

CAPITULO XVII.

Cuánto desagrada á Dios la desconfianza.

Así como con la confianza en Dios honramos y agradamos mucho á su Divina Magstad, y es medio para que nos haga muchas mercedes: así por el contrario, una de las cosas de que más se ofende Dios, y de que muestra mayor enojo y que con mayor severidad castiga, es la desconfianza, porque toca eso en su honra: y así vemos que esta fué una de las cosas por qué Dios más se enojó con los hijos de Israel y por qué más los castigó. Cuenta la Sagrada Escritura (1), que cuando Moisés envió los exploradores á la tierra de Promision, vinieron espantados, y dijeron al pueblo que habían visto unos gigantes tan valientes, que ellos eran unas langostas en su comparación, y que habían visto unas ciudades tan fuertes, tan muradas y torreadas, que no las podrían entrar. Y cayó con esto un desmayo en el pueblo y una desconfianza tan grande de poder alcanzar la tierra de Promision, que trataban ya entre sí, unos con otros, de elegir un capitán para tornarse á Egipto. Enojóse Dios grandemente con el pueblo, y dice á Moisés: "¿Hasta cuándo no ha de acabar de creer este pueblo ni fiarse de mí, habiendo visto tantas señales y maravillas como por ellos he hecho? Quiéroles enviar una pestilencia y acabarlos á todos de una vez (2)." Púsose Moisés de por medio, y suplicó á Dios que los perdonase; y dícele Dios: "Por amor de tí, yo los perdo-

(1) Numeror. XIII, et XIV.
(2) Usquequo detrahet mihi populus iste? quousque non credent mihi in omnibus signis, quae feci coram eis? Feriam igitur eos pestilentia, atque consumam. Numeror. XIV, 11.

no ahora; empero todos los que vieron las maravillas y señales que hice en Egipto, y despues en el Desierto, y no han acabado de creer y fiarse de mí, no han de entrar en la tierra de Promision. Yo te prometo que ninguno de ellos la ha de ver de sus ojos. Y como se lo juró así lo cumplió (1). Seiscientos mil hombres fueron los que sacó Dios de Egipto, sin las mugeres y niños, y todos murieron en el desierto, que ni entraron en la tierra de Promision, ni la vieron de sus ojos, por la desconfianza que tuvieron. Solo Josué y Caleb, que tuvieron confianza de entrar y vencer los enemigos, y animaban al pueblo á ello, entraron, y los niños pequeños, que ellos habían dicho que habían de ser presos y cautivos de sus enemigos. Para que se vea cuánto aborrece Dios la desconfianza; y aun al mismo Moisés y Aaron, porque tocaron la piedra con la vara con alguna duda de sacar agua, habiéndoles dicho Dios que la sacarian, por esta desconfianza los castigó Dios en lo mismo: "Porque no creistes, ni fiastes de mí, tampoco vosotros entrareis en la tierra de Promision (2)." Viola Moises desde un monte, que estaba cerca, pero no entró en ella. Y le dice Dios: "Vístela con tus ojos, pero no entrarás en ella (3)." Como quien dice: "¿Vésla? pues no la gozarás." Es negocio que toca á la honra de Dios esto de la desconfianza, y por eso la castiga de esa manera.

De aqui podemos sacar, lo primero, cuán malas son y cuánto desagradan á Dios unas desconfianzas y desmayos que suelen tener algunos, unas veces en las tentaciones, otras en cosas de su propio aprovechamiento, otras en los ministerios y nego-

(1) Numeror. I, 45; XIV, 22.
(2) Quia non credidistis mihi, ut sanctificaretis me coram filiis Israel, non introducetis hos populos in terram quam dabo eis. Numeror. XX, 10 et 12.
(3) Vidisti eam oculis tuis, et non transibis ad illam. Deuter. IV, 4.

cios en que les pone la obediencia, que parece que nacen de la humildad, y no nacen sino de soberbia; porque ponen los ojos en sí, pareciéndoles que por sus fuerzas, industrias y diligencias habían de poder aquello, lo cual es gran soberbia. Lo segundo, habemos de sacar de aqui que en todos nuestros negocios, necesidades y trabajos, lo primero ha de ser acudir á Dios y poner en él toda nuestra confianza. No ha de ser lo primero poner los ojos en los medios humanos y en nuestras diligencias é industria, y lo postrero acudir á Dios, que ese es un abuso grande que hay en el mundo; que lo primero es poner los ojos en los medios humanos é intentarlos todos sin acordarse de Dios; y despues, cuando en eso no hallan remedio, y tienen ya el negocio como desahuciado, acuden á él, y por eso permite el Señor que nos falten esos mismos medios humanos que ponemos y en que confiamos, como lo dijo él al rey Asá: "Porque pusiste tu confianza en el rey de Siria, y en su ejército y socorro, y te olvidaste de Dios, por eso te faltó su ejército (1)." Oféndese y agráviase Dios de que tomemos otro arrimo sino á él. Luego se nos han de ir los ojos á Dios, y una de las principales cosas que habemos de procurar en la oracion, ha de ser asentar en nuestro corazon esta confianza grande en Dios; pues vamos á ella á plantar y asentar virtudes en nuestra alma, y una de ellas, y muy principal y necesaria, es esta. Y no habemos de parar hasta que el corazon esté habituado á acudir luego á Dios en todas las cosas y confiar en él, y no se vaya á buscar el remedio á otra parte, sino á Dios, y que este sea todo nuestro refugio y amparo, y toda nuestra confianza; conforme á aquellas

(1) Quia habuisti fiduciam in rege Syriae, et non in Domino Deo tuo, idcirco evasit Syriae Regis exercitus de manu tua. II. Paralip. XVI, 7.

palabras de Josafát, rey de Israel, que las habíamos de traer siempre en la boca y en el corazon: "Como no sepamos lo que nos conviene hacer, solamente nos queda este remedio de acudir á vos, Señor, que sois nuestro refugio y amparo (1)." "Bienaventurado el que pusiere toda su confianza en Dios (2)." "Que no habemos de desmayar, ni desanimarnos, aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos.

CAPITULO XVIII.

Que no habemos de desmayar, ni desanimarnos, aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos.

Quéjase el Profeta Miqueas en las siguientes palabras del poco fruto que hacia con sus sermones en el pueblo de Israel: "Ay de mí, dice (3), que me ha acontecido lo que suele acontecer á los que en el otoño, despues de hecha la vendimia, van á coger la rebusca; que pensando hallar algo, no hallan ni un cencerron." De lo mismo se queja el Profeta Isaías, diciendo: "La ciudad quedó hecha un páramo, y la calamidad oprimirá sus puertas. Porque estas cosas serán en medio de la tierra, en medio de los pueblos, como si algunas pocas aceitunas, que quedaron, se sacudieran de la oliva, y algunos rebuscos, despues de acabada la vendimia (4)." Una de las cosas que suele desconsolar y desanimar mucho á los que tratan de ayudar y aprovechar á los prójimos, es ver el poco fruto que se hace con los sermones y con los demas me-

(1) Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te. II. Paral. XX, 12.
(2) Beatus vir, cujus est nomen Domini spes ejus. Ps. XXXIX, 5.
(3) Vae mihi, quia factus sum sicut qui colligit in autumno racemos vindemiae: non est botrus ad comedendum. Mich. VII, 1.
(4) Relicta est in urbe solitudo, et calamitas opprimet portas. Quia haec erunt in medio terrae, in medio populorum: quomodo si paucae olivae, quae remanserunt, excutiantur ex olea; et racemi, cum fuerit finita vindemia. Isai. XXIV, 12.